

Vladimir Nabokov

Habla, memoria



Vladimir Nabokov

Habla, memoria





Vladimir Nabokov no podía escribir una autobiografía corriente, y *Habla, memoria* lo demuestra. A través de una serie de relatos largos, Nabokov, con el pretexto de contar su vida, construye un libro tan ameno, original, divertido y estilizado como sus novelas. Nabokov rememora aquí sus meditaciones infantiles en el retrete, sus vacaciones en la finca campestre de la familia, sus amoríos adolescentes con Tamara en los museos de San Petersburgo; narra las peripecias de su huida de las huestes de Lenin y de su exilio europeo; escribe un homenaje a la honestidad política de su padre y a la belleza y ternura de su madre; pero lo que menos importa son los temas, porque de lo que se trata al fin y al cabo es de celebrar un festín de ingenio e inteligencia, de mordacidad despiadada y de nostalgia desgarradora, y en el que Nabokov es fiel a los consejos que daba a sus estudiantes de literatura: «¡Acariciad los detalles! ¡Los divinos detalles!». Esta edición definitiva de *Habla, memoria*, corregida y aumentada por el autor, resulta, pues, una excelente introducción a Nabokov, una antología, un conjunto de pistas y claves que permitirán hacer una lectura más intensa y profunda de sus novelas. Y es, también, un elogio de sus grandes pasiones: la literatura, las mariposas, el ajedrez y, ¡oh sorpresa!, la familia.



Vladimir Nabokov

Habla, memoria

Una autobiografía revisitada

ePub r1.1

Titivillus 10.05.2020

Título original: *Speak, Memory. An Autobiography Revisited*

Vladimir Nabokov, 1967

Traducción: Enrique Murillo

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PRÓLOGO

Esta obra es un montaje sistemático de recuerdos personales que se extienden geográficamente desde San Petersburgo hasta St. Nazaire, y que abarcan treinta y siete años, de agosto de 1903 a mayo de 1940, con unas pocas incursiones hacia el espacio-tiempo posterior. El artículo que dio inicio a la serie corresponde ahora al Capítulo quinto. Lo escribí en francés, con el título de «Mademoiselle O», hace treinta años y en París, donde Jean Paulhan lo publicó en el segundo número de *Mesures*, el año 1936. Hay una fotografía (recientemente publicada en *James Joyce in Paris*, de Gisèle Freund) que conmemora este acontecimiento, salvo que se me identifica de forma errónea (en el grupo de *Mesures* que descansa en torno a la mesa de piedra de un jardín) como «Audiberti».

En los Estados Unidos, a donde emigré el 28 de mayo de 1940, «Mademoiselle O» fue traducido al inglés por Hilda Ward, revisado por mí, y publicado por Edward Weeks en el número de enero de 1943 de *The Atlantic Monthly* (que fue también la primera revista que publicó mis relatos escritos en los Estados Unidos). Mi relación con *The New Yorker* había empezado (a través de Edmund Wilson) con un breve poema publicado en abril de 1942, al que siguieron otros textos fugaces; pero mi primera composición en prosa no apareció en esa revista hasta el 3 de enero de 1948: fue «Retrato de mi tío» (Capítulo tercero de la obra completa), escrito el mes de junio de 1947 en Columbine Lodge, Estes Parle, Colorado, en donde mi esposa, mi hijo y yo no hubiésemos podido seguir viviendo mucho tiempo más de no haber sido por lo bien que Harold Ross se llevó con el fantasma de mi pasado. La misma revista publicó también el Capítulo cuarto («Mi educación inglesa», 27 de marzo de 1948), el Capítulo sexto («Mariposas», 12 de junio de 1948), el Capítulo séptimo («Colette»,

31 de julio de 1948), y el Capítulo noveno («Mi educación rusa», 18 de septiembre de 1948), todos ellos escritos en Cambridge, Massachussets, en una época de graves tensiones mentales y físicas, así como el Capítulo décimo («Arriba el telón», 1 de enero de 1949), el Capítulo duodécimo («Tamara», 10 de diciembre de 1949), el Capítulo octavo («Transparencias», 11 de febrero de 1950; pregunta de H. R., «¿Erais los Nabokov una de esas familias en las que sólo hay un chiflado?») y el Capítulo primero («Pretérito perfecto», 15 de abril de 1950), todos ellos escritos en Ithaca, Nueva York.

De los otros tres capítulos, el undécimo y el decimocuarto se publicaron en la *Partisan Review* («Primer poema», septiembre de 1949, y «Exiliado», enero-febrero de 1951), mientras que el decimotercero apareció en *Harper's Magazine* («Habitaciones en Trinity Lane», enero de 1951).

La versión inglesa de «Mademoiselle O» fue publicada de nuevo en *Nine Stories* (New Directions, 1947), y en *Nabokov's Dozen* (Doubleday, 1958; Heinemann, 1959; Popular Library, 1959; y Penguin Books, 1960); en esa segunda recopilación incluí también «Primer amor», que se convirtió en el preferido de los antólogos.

A pesar de que los fui redactando con el desorden que reflejan las fechas de primera aparición que acabo de mencionar, estos capítulos habían ido encajando perfectamente en unos casilleros mentales numerados que seguían el orden que aquí presento. Este orden quedó establecido en 1936, cuando coloqué la piedra angular que ya contenía en su oculto orificio varios mapas, horarios, una colección de cajas de cerillas, un pedazo de cristal color rubí, e incluso —tal como ahora comprendo— la vista que dominaba desde mi balcón del lago de Ginebra, con sus ondas y sus manchas de luz, salpicada hoy, a la hora del té, por los puntos negros de las fochas y los porrones moñudos. No me costó por lo tanto el menor esfuerzo compilar un volumen que Harper & Bros., de Nueva York, publicó en 1951, con el título de *Pruebas concluyentes*; pruebas concluyentes de que yo había existido. Por desgracia, esa expresión daba a entender que se trataba de una historia de intriga, y decidí titular la edición británica *Speak, Mnemosyne* pero me dijeron que «las ancianitas no querrán comprar un libro cuyo título no son capaces de pronunciar». También acaricié la idea de

titularlo *The Anthimion* que es el nombre de un adorno basado en la madreselva y que consta de unos complicados entrelazamientos y arracimamientos en expansión, pero no le gustó a nadie; de modo que al final acordamos que fuera *Speak, Memory* (Gollancz, 1951, y The Universal Library, Nueva York, 1960). Sus traducciones son: al ruso, por el autor (Drugie Berega, The Chejov Publishing House, Nueva York, 1954); al francés, por Yvonne Davet (*Autres Rivages*, Gallimard, 1961); al italiano, por Bruno Oddera (*Parla Ricordo*, Mondadori, 1962); al español, por Jaime Piñeiro González (*¡Habla, memoria!*, Plaza y Janes, 1963); y al alemán, por Dieter E. Zimmer (Rowohlt, 1964). Con esto queda agotada la información bibliográfica imprescindible, que los nerviosos críticos a los que les fastidió la nota que aparecía al final de *Nabokov's Dozen* aceptarán hipnotizados al comienzo de esta obra, o eso al menos espero.

Cuando escribía la primera versión de estos textos en los Estados Unidos me sentí estorbado por mi casi completa carencia de datos en relación con la historia de la familia, y, en consecuencia, por la imposibilidad de verificar mis recuerdos cuando tenía la sensación de que podía estar equivocándome. La biografía de mi padre ha sido ahora ampliada, y revisada. He realizado otras muchas revisiones y adiciones, sobre todo en los primeros capítulos. He abierto ciertos paréntesis herméticos, y permitido que se derramase su contenido aún activo. Ha ocurrido también que algún objeto que no había sido más que un suplente elegido al azar y que no tenía una intervención significativa en el relato de un acontecimiento importante insistía en incomodarme cada vez que volvía a leer un pasaje al corregir las pruebas de las diversas ediciones, hasta que al final, gracias a un gran esfuerzo, las arbitrarias gafas (que Mnemosina ha debido de necesitar más que nadie) se metamorfosearon en una claramente recordada pitillera en forma de ostra, que centelleaba en la hierba húmeda al pie de un álamo temblón del Chemin du Pendu, el lugar en donde encontré aquel día de junio de 1907 una esfinge que raras veces se ve tan al oeste, y el mismo donde un cuarto de siglo antes mi padre había cazado un pavo real muy infrecuente en nuestros bosques del norte.

Durante el verano de 1953, en un rancho cercano a Portal, Arizona, en una casa que alquilé en Ashland, Oregon, y en varios moteles del Oeste y

del Medio Oeste, conseguí, en los ratos libres que me dejaba la caza de mariposas y la redacción de *Lolita* y de *Pnin*, traducir, con la ayuda de mi esposa, *Speak, Memory* al ruso. Debido a la dificultad psicológica que suponía volver a tratar un tema desarrollado en *Dar (The Gift)*, omití un capítulo entero (el undécimo). Por otro lado, revisé muchos pasajes e intenté remediar los defectos amnésicos del original: puntos en blanco, zonas confusas, solares sombríos. Descubrí así que a veces, por medio de la concentración intensa, podía forzar ciertos tiznones neutros hasta enfocarlos maravillosamente bien e identificar la repentina visión, y darle su nombre al anónimo criado. Para esta edición definitiva de *Speak, Memory* no solamente he introducido cambios esenciales y copiosas adiciones al texto inglés original, sino que me he servido de las correcciones que fui haciendo mientras lo traducía al ruso. Esta re-anglicación de una nueva rusificación de lo que había sido un recontar en inglés lo que al comienzo fueron recuerdos rusos resultó ser una tarea diabólica, pero obtuve cierto consuelo pensando que esta múltiple metamorfosis, tan familiar para las mariposas, no había sido intentada anteriormente por ningún ser humano.

De entre las anomalías de esta memoria, cuyo poseedor y víctima jamás hubiese debido tratar de convertirse en autobiógrafo, la peor es su tendencia a identificar en el recuerdo mis años con los del siglo. Esto produjo una serie de bastante coherentes meteduras de pata cronológicas en la primera versión del libro. Yo nací en abril de 1899, y, naturalmente, durante el primer tercio de, por ejemplo, 1903 tenía cerca de tres años; pero en agosto de ese mismo año, el «3» exacto que me fue revelado (tal como lo describo en «Pretérito perfecto») no se refería de hecho a mis años, que eran «4», y tan cuadrados y elásticos como una almohada de caucho, sino a los del siglo. Del mismo modo, a comienzos del verano de 1906 —el verano en el que empecé a coleccionar mariposas— tenía siete años y no seis como afirmé inicialmente en el catastrófico párrafo segundo del Capítulo sexto. Mnemosina, hay que admitirlo, ha demostrado ser una muchacha muy descuidada.

Doy todas las fechas según el calendario gregoriano: en el siglo XIX llevábamos un retraso de doce días en relación con el mundo civilizado, y de trece a comienzos del siglo XX. Según el calendario juliano nací el 10 de

abril, al amanecer, en el último año del siglo pasado, y ese día era (si hubiese podido colarme inmediatamente por la frontera) el 22 de abril en, por ejemplo, Alemania; pero debido a que mis aniversarios fueron celebrados, con menguante pompa, en el siglo XX, todo el mundo, yo incluido, al ser desplazado por la revolución y la expatriación del calendario juliano al gregoriano, se acostumbró a sumar trece días, en lugar de doce, al 10 de abril. El error es grave. ¿Qué se puede hacer? En mi pasaporte más reciente leo «23 de abril» en el apartado «fecha de nacimiento», y ésa es también la fecha de nacimiento de William Shakespeare, de mi sobrino Vladimir Sikorski, de Shirley Temple y de Hazel Brown (que, además, comparte mi pasaporte). Este es, pues, el problema. Mi ineptitud para el cálculo me impide tratar de resolverlo.

Cuando, después de veinte años de ausencia, regresé por mar a Europa, renové lazos que habían quedado desatados antes incluso de irme de allí. En estas reuniones familiares *Speak, Memory* fue sometido a juicio. Hubo comprobaciones de detalles, fechas y circunstancias, y averiguamos que en muchos casos había errado, o no había examinado con la suficiente profundidad algún recuerdo oscuro pero no insondable. Ciertos asuntos fueron descartados por mis consejeros como leyendas o rumores o, cuando eran auténticos, quedó demostrado que tenían que ver con acontecimientos o períodos que no coincidían con aquéllos a los que mi frágil memoria los vinculó. Mi primo Sergey Sergeevich Nabokov me proporcionó valiosísimas informaciones sobre la historia de nuestra familia. Mis dos hermanas protestaron furiosamente por mi descripción del viaje a Biarritz (comienzo del Capítulo séptimo) y apedreándome con detalles concretos me convencieron de que hice mal en dejarlas a un lado («¡con las nodrizas y las tías!»). Todo aquello que todavía no he sido capaz de elaborar de nuevo a falta de documentación específica, he preferido tacharlo en pro de la verdad del conjunto. Por otro lado, han aparecido cierta cantidad de datos referidos a mis antepasados y otros personajes, que han sido incorporados a esta versión definitiva de *Speak, Memory*. Confío en llegar algún día a escribir un «Sigue hablando, memoria» que abarque el período 1940-1960, que he vivido en los Estados Unidos: en mis serpentines y crisoles siguen evaporándose ciertos gases y fundiéndose ciertos metales.

El lector encontrará en esta obra referencias dispersas a mis novelas, pero en conjunto me pareció que bastaba con los esfuerzos que tuve que hacer para escribirlas, y que debían permanecer en el primer estómago. Mis recientes introducciones a las traducciones inglesas de *Zashchita Luzhina*, 1930 (*The Defense*, Putnam, 1964), *Otchayanie*, 1936 (*Despair*, Putnam, 1966), *Priglasenie na kazn'*, 1938 (*Invitation to a Beheading*, Putnam, 1959), *Dar*, 1952, publicada por entregas en 1937-38 (*The Gift*, Putnam, 1963) y *Soglyadatay*, 1938 (*The Eye*, Phaedra, 1965) dan una relación harto detallada, y picante, del aspecto creador de mi pasado europeo. Para los que deseen una lista más completa de mis publicaciones, existe la minuciosa bibliografía elaborada por Dieter E. Zimmer (*Vladimir Nabokov Bibliographie des Gesamt-werks*, Rowolt, 1.a ed., diciembre, 1963; 2.a ed. revisada, mayo, 1964).

El mate en dos movimientos descrito en el último capítulo ha sido publicado de nuevo en *Chess Problems*, de Lipton, Matthews y Rice (Faber, Londres, 1963, p. 252). Mi invento más divertido, sin embargo, es un problema en el que «las blancas retiran su última jugada y dan mate» que dediqué a E. A. Znosko-Borovski, el cual lo publicó en los años treinta (¿1934?) en el diario de emigrados *Poslednie Novosti* de París. No recuerdo las posiciones con la suficiente lucidez como para anotarlas aquí, pero es posible que algún amante del «ajedrez de fantasía» (categoría a la que pertenece este problema) lo encuentre algún día en una de esas benditas bibliotecas en las que se conservan periódicos microfilmados, tal como habría que hacer con todos nuestros recuerdos. Los críticos no leerán esta versión tan descuidadamente como leyeron la primera: sólo uno de ellos se fijó en mi «maliciosa pulla» contra Freud en el primer párrafo de la segunda parte del Capítulo octavo, y ninguno descubrió el nombre del gran dibujante al que rindo tributo en la última frase de la segunda parte del Capítulo undécimo. Resulta sobremanera embarazoso que el escritor se vea obligado a señalar personalmente estas cosas.

Para evitar ofensas a los vivos o molestias a los muertos, ciertos nombres propios aparecen cambiados. En el índice quedan destacados todos ellos con el uso de signos de interrogación. El principal propósito del índice es el de establecer una útil, para mí, lista de algunas de las personas y temas

relacionados con mi pasado. Su presencia fastidiará a los vulgares pero puede que satisfaga a los perspicaces, aunque sólo sea porque

Por la ventana de ese índice
Trepas una rosa Y a veces una suave brisa ex
Ponto sopla.

VLADIMIR NABOKOV
5 de enero de 1966
Montreux

CAPITULO PRIMERO

1

La cuna se balancea sobre un abismo, y el sentido común nos dice que nuestra existencia no es más que una breve rendija de luz entre dos eternidades de tinieblas. Aunque ambas son gemelas idénticas, el hombre, por lo general, contempla el abismo prenatal con más calma que aquel otro hacia el que se dirige (a unas cuatro mil quinientas pulsaciones por hora). Conozco, sin embargo, a un niño cronofóbico que experimentó algo muy parecido al pánico cuando vio por primera vez unas películas familiares rodadas pocas semanas antes de su nacimiento. Contempló un mundo prácticamente inalterado —la misma casa, la misma gente—, pero comprendió que él no existía allí, y que nadie lloraba su ausencia. Tuvo una fugaz visión de su madre saludando con la mano desde una ventana de arriba, y aquel ademán nuevo le perturbó, como si fuese una misteriosa despedida. Pero lo que más le asustó fue la imagen de un cochecito nuevo, plantado en pleno porche, y con el mismo aire de respetabilidad y entrometimiento que un ataúd; hasta el cochecito estaba vacío, como si, en el curso inverso de los acontecimientos, sus mismísimos huesos se hubieran desintegrado.

Tales fantasías no son raras en la infancia. O, por decirlo de otro modo, las primeras y últimas cosas suelen tener un barniz adolescente; a no ser, quizá, que estén supervisadas por alguna venerable y rígida religión. La naturaleza espera del adulto que acepte los dos vacíos negros, a proa y a popa, con la misma indiferencia con que acepta las extraordinarias visiones que median entre los dos. La imaginación, supremo deleite del inmortal y

del inmaduro, debería ser limitada. A fin de disfrutar la vida, no tendríamos que disfrutarla demasiado.

Yo me rebelo contra esta situación. Siento el impulso de manifestar esa rebelión y vigilar con piquetes a la naturaleza. Repetidas veces, mi mente ha hecho esfuerzos colosales por distinguir hasta las más tenues luces personales en la impersonal tiniebla que hay a ambos lados de mi vida. Esta creencia en que la causa de esas tinieblas no es más que la muralla del tiempo que nos separa a mí y a mis contusionados puños del mundo libre de la intemporalidad, la comparto alegremente con el salvaje más pintarrajeado. He viajado hacia atrás con el pensamiento —un pensamiento que se iba ahusando de forma irremediable a medida que avanzaba— hasta regiones remotas en las que busqué a tientas alguna salida, aunque sólo para descubrir que la prisión del tiempo es esférica y carece de ellas. Menos el suicidio, lo he probado todo. Me he desprendido de mi identidad para pasar por un espectro convencional y colarme así en reinos que existían antes de que yo fuera concebido. He soportado mentalmente la degradante compañía de novelistas y coroneles retirados de la época victoriana que recordaban haber sido, en vidas anteriores, esclavos que llevaban mensajes por las calzadas romanas o sabios sentados al pie de los sauces de Lhasa. He saqueado mis sueños más antiguos en pos de llaves y claves, y permítaseme que declare inmediatamente que rechazo por completo el vulgar, raído y en el fondo medieval mundo de Freud, con su chiflada búsqueda de símbolos sexuales (algo así como buscar acrósticos baconianos en las obras de Shakespeare) y sus rencorosos y diminutos embriones espiando, desde sus escondrijos naturales, la vida amorosa de sus padres.

Inicialmente, no tuve conciencia de que el tiempo, tan ilimitado en la primera luz del alba, fuese una prisión. Al escudriñar mi infancia (que es lo que más se parece a escudriñar la propia eternidad) veo el despertar de la conciencia como una serie de destellos espaciados, y los intervalos que los separan van disminuyendo gradualmente hasta que se forman luminosos bloques de percepción que proporcionan a la memoria un resbaladizo asidero. Aprendí a contar y hablar a una edad muy temprana y casi simultáneamente, pero el conocimiento íntimo de que yo era yo y mis padres eran mis padres sólo parece haberse establecido más tarde, y

entonces quedó directamente asociado a mi descubrimiento de cuál era la edad de ellos en relación con la mía. A juzgar por la intensa luz que, cuando pienso en esa revelación, invade de inmediato mi memoria con manchas lobuladas de sol que se cuelan por entre capas superpuestas de verdor, el día al que me refiero pudo ser el del cumpleaños de mi madre, al final del verano, en el campo, una fecha en la que hice preguntas y calibré las respuestas recibidas. Así es como deberían ser las cosas según la teoría de la recapitulación; el comienzo de la conciencia reflexiva en el cerebro de nuestro más remoto antepasado debe sin duda de haber coincidido con el despertar del sentido del tiempo.

Así, cuando la recién descubierta, fresca y pulcra fórmula de mi edad, cuatro años, quedó confrontada con las fórmulas paternas, treinta y tres y veintisiete, algo me ocurrió. Experimenté una conmoción de efectos tremendamente vigorizantes. Como si me hubieran sometido a un segundo bautismo, de tendencia más divina que el remojón de rito ortodoxo griego sufrido cincuenta meses antes por un aullante, semiahogado, semivictor (mi madre, a través de la entrecerrada puerta, consiguió corregir al chapucero arcipreste, el padre Konstantin Vetvenitski), me sentí sumergido bruscamente en un medio radiante y móvil que era ni más ni menos que el puro elemento del tiempo. El cual era compartido —de la misma manera que los excitados bañistas comparten la reluciente agua del mar— con criaturas que no eran yo mismo pero que estaban unidas a mí por el común fluir del tiempo, un ambiente muy diferente del mundo espacial, que no sólo es percibido por los hombres sino también por los monos y las mariposas. En ese momento tomé aguda conciencia de que el ser de veintisiete años, vestido de suave blanco y rosa, que sostenía mi mano izquierda, era mi madre, y que el ser de treinta y tres años, vestido de severo blanco y dorado, que sostenía mi mano derecha, era mi padre. Entre ellos, que iban paseando, yo caminaba saltando y trotando y saltando otra vez, de mancha de sol en mancha de sol, por el centro de un sendero que hoy en día puedo identificar fácilmente como aquel paseo de robles jóvenes que había en el parque de nuestra casa de campo, Vyra, en lo que fuera la provincia de San Petersburgo. Ciertamente, desde mi actual cresta de tiempo remoto, aislado y casi deshabitado, veo a mi yo diminuto que

celebra, en aquel día de agosto de 1903, el nacimiento de la vida consciente. Si quien sostenía mi mano izquierda y quien sostenía mi mano derecha ya habían estado presentes en mi vago mundo infantil, había sido bajo la máscara de un delicado incógnito; pero ahora el atavío de mi padre, el resplandeciente uniforme de la Guardia Montada, con aquel terso y dorado abultamiento de la coraza que llameaba en su pecho y espalda, resplandecía como el sol, y durante varios años a partir de entonces sentí un intenso interés por la edad de mis padres y me mantuve informado al respecto, como un pasajero nervioso que pregunta la hora para comprobar qué tal funciona su reloj nuevo.

Mi padre, quiero que se tenga en cuenta, había cumplido su período de instrucción militar mucho antes de que yo naciera, de modo que supongo que aquel día se había puesto las galas de su antiguo regimiento a modo de broma festiva. A una broma, por lo tanto, debo mi primer destello de conciencia completa, lo cual también está relacionado con las hipótesis recapitulatorias, ya que los primeros seres vivos que tuvieron conciencia del tiempo fueron asimismo los primeros en sonreír.

2

Era la cueva primordial (y no lo que los místicos freudianos podrían imaginar) lo que se ocultaba detrás de mis juegos de los cuatro años. Un gran diván tapizado de cretona, con tréboles negros sobre fondo blanco, en uno de los salones de Vyra, emerge en mi mente como el enorme producto de algún cataclismo geológico anterior al comienzo de la historia. La historia empieza (con la promesa de la bella Grecia) no lejos de uno de los extremos de este diván, allí donde una gran mata de hortensias, con brotes azul pálido y también otros verdosos, esconde parcialmente, en un rincón de cuarto, el pedestal de un busto de mármol de Diana. En la pared contra la que está apoyado el diván, otra fase de la historia queda señalada por un grabado gris con marco de marfil: una de esas imágenes de las batallas napoleónicas en las que los verdaderos adversarios son lo episódico y lo

alegórico, y en las que aparecen, agrupados en un mismo plano de visión, un tambor herido, un caballo muerto, unos trofeos, un soldado que está a punto de clavarle la bayoneta a otro, y el invulnerable emperador posando con sus generales en medio del congelado combate.

Con ayuda de alguna persona mayor, que usaba primero sus dos manos y luego una fuerte pierna, el diván era apartado unos cuantos centímetros de la pared para que formase un estrecho pasillo que, de nuevo con ayuda de otros, quedaba cubierto por un techo formado por los cojines del diván, y cerrado por los dos extremos con un par de sus almohadones. A continuación yo experimentaba el fantástico placer de reptar por ese oscurísimo túnel, en donde permanecía un rato oyendo el zumbido de mis oídos —esa solitaria vibración que tan bien conocen los niños que se ocultan en escondrijos polvorientos— y luego, con un estallido de delicioso pánico, avanzando rápidamente a gatas, llegaba hasta el final del túnel, apartaba de golpe un almohadón, y recibía la bienvenida de una malla de sol proyectada sobre el parqué por el respaldo de mimbre de una silla vienesa en la que un par de juguetonas moscas se posaban por turnos. Una sensación más fantástica y delicada me venía proporcionada por otra cueva, cuando al despertar por la mañana construía una tienda con la ropa de cama y dejaba que mi imaginación jugara de mil confusas formas con las indistintas transparencias nevadas de las sábanas y con la débil luz que parecía penetrar en mi umbrío soto desde cierta inmensa distancia, en la que yo imaginaba extraños y pálidos animales rondando por un paisaje de lagos. El recuerdo de mi cama de barrotes, con sus mallas laterales de vellosos cordones de algodón, me devuelve también el placer de la manipulación de cierto huevo de cristal bellísimo y deliciosamente sólido, residuo de alguna olvidada Pascua; tenía por costumbre masticar una punta de la sábana hasta dejarla completamente empapada, y luego envolvía el huevo en ella a fin de admirar y lamer otra vez el cálido y rojizo fulgor de las tensamente envueltas facetas que atravesaban la tela conservando milagrosamente toda la riqueza de su brillo y su color. Pero aún llegaría a estar más cerca de alimentarme de la belleza.

¡Qué pequeño es el cosmos (bastaría la bolsa de un canguro para contenerlo), qué baladí y encanijado en comparación con la conciencia

humana, con el recuerdo de un solo individuo, y su expresión verbal! Quizá sienta un cariño desproporcionado por mis más tempranas impresiones, pero ocurre que tengo motivos para estarles agradecido. Porque me encaminaron hacia un auténtico Edén de sensaciones visuales y táctiles. Una noche, durante un viaje al extranjero en otoño de 1903, recuerdo haberme arrodillado sobre la (más bien delgada) almohadilla de un coche-cama (probablemente en el ya extinguido *Train de Luxe* mediterráneo, aquél cuyos seis vagones tenían la mitad inferior de su carrocería pintada de color tierra de sombra y el resto amarillo pálido) y haber visto, con una inexplicable punzada de dolor, un puñado de luces fabulosas que me hacían señas desde la lejana ladera de una colina, y que luego caían en una bolsa de terciopelo negro: diamantes que más tarde regalé a mis personajes para aligerar la carga de mi riqueza. Había probablemente logrado soltar y empujar hacia arriba la ornamentada cortinilla del cabezal de mi litera, y tenía frío en los talones, pero permanecí de rodillas, mirando al exterior. No hay nada tan dulce ni extraño como meditar sobre esas primeras emociones. Son propias del armonioso mundo de la infancia perfecta y, en cuanto tales, poseen en nuestra memoria una forma naturalmente plástica que nos permite registrarlas casi sin esfuerzo; sólo a partir de los recuerdos de nuestra adolescencia empieza Mnemosina a mostrarse melindrosa y mezquina. Me atrevería incluso a proponer que, en relación con la capacidad de atesorar impresiones, los niños rusos de mi generación vivieron una época extraordinaria, como si el destino hubiera intentado ayudarles lealmente en lo posible, obsequiándoles con una proporción mayor de la que les correspondía, a fin de prevenir el cataclismo que iba a borrar por completo el mundo que habían conocido. Una vez que lo hubieron acumulado todo, esa extraordinaria capacidad desapareció, del mismo modo que ocurre en el caso de esos otros niños prodigio más especializados: preciosos jovencitos de cabello rizado que agitan batutas o doman enormes pianos, y que con el tiempo acaban convirtiéndose en músicos segundones de ojos tristes y oscuras enfermedades y cierta vaga deformación en sus eunucoides cuartos traseros. Aun así, el misterio individual sigue atormentando al memorista. Ni en el ambiente ni tampoco en la herencia logro encontrar el instrumento exacto que me formó, el

anónimo rodillo que imprimió en mi vida cierta filigrana complicada cuyo exclusivo dibujo se puede ver cuando se hace brillar la lámpara del arte a través del folio de la vida.

3

Para fijar correctamente, desde el punto de vista temporal, algunos de mis recuerdos de infancia, tengo que guiarme por los cometas y los eclipses, tal como hacen los historiadores cuando se enfrentan a los fragmentos de una leyenda. Pero en otros casos no hay ni sombra de fechas. Me veo a mí mismo, por ejemplo, encaramándome a unas húmedas rocas negras a la orilla del mar mientras Miss Norcott, una institutriz lánguida y melancólica que piensa que estoy siguiéndola, se aleja paseando por la curva de la playa con Sergey, mi hermano pequeño. Yo llevo un brazal de juguete. Mientras escalo esas rocas me repito a mí mismo, a modo de ensalmo entusiasta, generoso y profundamente gratificante, la palabra inglesa «*childhood*», que suena misteriosa y nueva, y se hace más extraña a medida que se va mezclando en mi pequeña, sobresaturada y febrilmente, con Robin de los Bosques y Caperucita Roja, y con los pardos capirotes de jorobadas hadas. En las rocas encuentro pequeños hoyos llenos de agua tibia, y mi murmullo mágico acompaña ciertos hechizos que voy tejiendo sobre los pequeños charcos de zafiro.

El lugar es, naturalmente, Abbazia, en la costa del Adriático. Lo que llevo en mi muñeca, que tiene aspecto de servilletero de fantasía y es de un material celulósico verde pálido y rosa, y semi-traslúcido, es el fruto de un árbol de Navidad que Onya, una bonita prima de mi misma edad, me dio en San Petersburgo unos meses antes. Yo lo atesoré sentimentalmente hasta que se le formaron por dentro unas venillas oscuras que decidí, como en sueños, que eran rizos míos, incomprensiblemente introducidos en esa brillante sustancia, junto con mis lágrimas, en el curso de una espantosa visita al detestado barbero de la cercana Fiume. Aquel mismo día, en una cafetería de la playa, mi padre se fijó por casualidad, justo cuando acababan